

## Predica Mateo 10:5a,21-33

Jesús envía a sus discípulos a predicar la buena nueva del reino de Dios. Entonces Jesús "recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia". (Mt 9:35) Los discípulos le veían obrar con autoridad y los poderes mundanos y espirituales se estremecían ante él. Allí estaba, el Señor del mundo en medio de ellos, y entonces llega nuestra lectura de Mateo. En resumen, Jesús dice a los discípulos que serán traicionados, que serán perseguidos y sufrirán.

Les explica que serán despreciados como lo fue él mismo.

Esta profecía sigue siendo válida para nosotros hoy. Aunque este desprecio se manifiesta hoy de muchas formas diferentes y con distintos grados de severidad. Para nosotros, aquí en Europa, se limita -gracias a Dios- sobre todo a las palabras. Uno se burla de estos cristianos que creen en un Dios invisible. Esto también tiene el efecto de que con más frecuencia no tenemos ganas de decir lo que Jesús nos dijo "en la oscuridad", "en la luz". No queremos que se rían de nosotros o que nos tachen de tontos.

Pero es mucho peor en otros lugares del mundo. Los amigos de un pakistani que conozco que repartían Biblias en el mercado y luego fueron apaleados hasta ser hospitalizados por una turba. O las masas sin rostro que no conocemos directamente o que a menudo ni siquiera notamos, como los 5014 cristianos asesinados en Nigeria el año pasado.

Cristo vencedor es muy popular en la iconografía. En ella se representa a Cristo como un héroe victorioso, tras su resurrección, normalmente rodeado de luz. Y así es como lo experimentamos. Del mismo modo que los discípulos venían del Cristo que mostraba su poder, al predicar con autoridad y expulsar demonios, que parecía imparable, ahora nosotros venimos de Pascua y Pentecostés. Hemos visto a Jesús vencer a la muerte, resucitar y subir al cielo. Hemos visto venir al Espíritu Santo y cómo la Iglesia creció en 3000 creyentes en un solo día.

Pero Jesús advirtió a sus discípulos entonces y también a nosotros hoy. No siempre habrá tiempos hermosos y gloriosos. Él nos prepara para la oposición y el rechazo. Sabe que vendrá la persecución y también sabe cómo se siente esa persecución. Y en lugar de dejar a sus discípulos en su ingenua creencia de que el mundo caerá de rodillas ante ellos y todas las puertas se abrirán para ellos, se toma el tiempo de prepararlos para el hecho de que mientras estén en este mundo, no todo es algodón de azúcar y arco iris.

Jesús experimentó el rechazo y la persecución, fue llamado el mismo diablo y lo más grande que lograrían los discípulos sería que ellos también fueran rechazados y perseguidos como su Maestro antes que ellos.

Y así, los cristianos de hoy siguen experimentando el mismo rechazo y persecución. Se unen así a una larga lista de mártires que proclaman desde todos los techos lo que se les dijo al oído.

Pero, ¿cómo es posible? Seguramente uno esperaría que la gente viera lo que les está sucediendo a sus hermanos, hermanas, vecinos o conocidos lejanos y, si uno no se aparta completamente ante estas perspectivas, tal vez prefiera permanecer en la oscuridad y seguir susurrando las noticias de oreja a oreja. Pero al final de nuestro texto de hoy, Jesús da otra profecía.

Jesús nos explica lo valiosos que somos para Dios. Dios creó todo lo que hay en esta tierra y lo sostiene todo. Incluso un animal tan pequeño y aparentemente sin importancia, incluso quizás molesto para algunos, sin valor alguno, como el gorrión, es creado, cuidado y sostenido por Dios. En su época, se podían comprar dos gorriones por un precio ridículamente bajo. Pero Dios siempre sabe dónde están y cuida de ellos. ¿Y qué significa esto para el hombre, que ha sido creado a su imagen? Cada pelo de nuestra cabeza está contado.

Lo admito, en mi caso hay menos que hace unos años, pero aun así tardarías en contarlos y antes de terminar habrías perdido la cuenta y tendrías que empezar de nuevo. Somos tan importantes para él que nos conoce al dedillo, hasta la última célula. Se encarga de que las neuronas se activen, de que las células reciban sus nutrientes y de que se dividan. Toda nuestra existencia demuestra que nos ama. Pero Jesús nos da aún más a nosotros, su Iglesia.

Jesús nos muestra que así como él no era de este mundo con su reino, tampoco nosotros somos ciudadanos de este mundo. Como dice en Juan 1:14, "Y el Verbo se hizo carne y (literalmente) ACAMPÓ entre nosotros". Así que Jesús no construyó una casa de piedra o de hormigón armado para quedarse aquí entre nosotros el mayor tiempo posible. No, su morada era temporal. Una tienda que se monta por la noche y se vuelve a guardar por la mañana. Y nuestra morada en este mundo es igual de temporal. Y por eso Jesús dice que no debemos tener miedo en este mundo temporal de que algo nos pueda pasar aquí. Lo que podemos temer es al Dios que tiene poder no sólo para hacernos daño aquí, en este mundo temporal, sino en cuyas manos está nuestra eternidad.

Paradójicamente, tenemos más miedo de las personas que pueden hacernos daño aquí, brevemente, temporalmente, físicamente, o que simplemente se ríen de nosotros, que del Dios que podría arrojarnos al infierno para

siempre, donde sufriríamos un tormento inconmensurable por toda la eternidad. Espero que veas este absurdo que Jesús nos presenta aquí.

Después de todo, este Dios celoso y justo que castiga sería motivación suficiente para que saliéramos a gritar a los cuatro vientos lo que se nos ha dicho. Aunque sólo sea porque Dios nos lo exige. Y, sin embargo, todos somos demasiado cortos de vista para ver tan lejos y preferimos preocuparnos de si podemos tener problemas en el aquí y ahora.

Por eso Jesús nos da aún más. Él agudiza nuestra visión de un futuro completamente diferente. Su argumento no es que debemos predicar a la gente por miedo. No, todo lo contrario. No tenemos miedo de Dios, nuestro Padre, y tampoco deberíamos tenerlo. Él, que nos proporciona todas las cosas buenas, nos da una razón mucho mejor.

Porque el que podía arrojarnos al infierno por toda la eternidad nos ha elegido para vivir por toda la eternidad en la nueva creación. Nos ha preparado un lugar donde él mismo "enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor." (Ap 21:4) Por el sacrificio de Jesús tenemos a uno que intercede por nosotros ante Dios "A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos" y por eso somos amados y somos herederos de esa eternidad. Así que ya no tenemos que temer al Dios justo, sino que podemos llamarle Padre y estar seguros de que nos ama y, por eso, porque vivimos en esta verdad, subimos a los tejados y proclamamos el amor de Dios. Por ti, por mí y por el mundo entero.

La paz de Dios, que es superior a todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús. Amén.